

# CUENTO

(1er. Lugar)

## MANUSCRITO HALLADO EN EL LUGAR DONDE TAL VEZ HUBO UN CADAVER

Por Alvaro Uribe

La primera vez que intenté realizar estas páginas, una premonición me disuadió. Meses y días de reflexiones se han sucedido, y concluí —admito que tal vez lo supe desde el principio— que la decisión alcanzada es muy ajena a mi voluntad. Lo que hago cae en el dominio de lo ineluctable: no hubo, ni pudo darse nunca, una verdadera elección. La fatalidad entrevistada contuvo mi ímpetu de comunicarlo; las consideraciones que pude haber ensayado no pasan de ser medidas dilatorias. El tiempo me hizo aceptar mi subordinación a la preeminencia de los hechos. Me cercioré: es imperioso resignarse a cumplir una función meramente instrumental en favor del suceso que debo narrar.

Pero dejemos estos pensamientos que no son más que intromisiones de mi subjetividad atemorizada. Intentaré describir fielmente mi descubrimiento (no encuentro otra manera de llamarlo). Los ambages de mi relato serán una secuela necesaria de la oscuridad de la vivencia; la duda obstaculiza mi propósito. La empresa es muy superior a mis arrestos. Confieso mi temor a iniciar la descripción.

Cuando Abelardo Espinoza, recientemente viudo de la tía Carmela, me pidió que lo acompañara a revisar el casco de hacienda que acababa de vender, acepté sin efusión, más sumiso a las exigencias del parentesco que deseoso de visitar una construcción ruinoso en las cercanías de Guanajuato. El viaje no excedería los cuatro días. La oportunidad, bien vista, era buena para descansar de mi labor, ininterrumpida hacía ya varios meses.

El interminable recorrido del tren ofreció el marco propicio para que Espinoza, hombre adusto y enorme cuyos negros bigotes se esfuerzan por copiar la forma de las cejas abultadas, se desbordara en alusiones a su árbol genealógico. Como siempre que la ocasión se lo permite, me refirió la historia de un tronco familiar cuyas raíces se desvanecen al final de la Edad Media. Hice acopio de tolerancia. Pacientemente escuché el monólogo que Espinoza me infligía jactancioso, añadiendo aquí y allá algún detalle que su imaginación más bien tosca proporcionaba. A dónde fueron a parar todos esos ilustres genes que alguna vez transmitieron las más deseables aptitudes poéticas, teológicas y filosóficas, nadie lo sabe; lo ostensible es que Abelardo Espinoza degeneró sus europeas dotes espirituales en un mestizo talento comercial.

Al contemplar el viejo casco de hacienda cesó de reprocharme el viaje: el ambiente era tranquilo, y el aire vasto y limpio. El edificio estaba semiderruido, pero tenía el aspecto acogedor y enigmático de todas las ruinas, como si las paredes descascaradas fueran símbolos de un idioma antiguo y olvidado. Nos instalamos lo mejor que pudimos en el escaso mobiliario carcomido por el tiempo y el polvo. El motivo de la visita era recoger las pocas cosas aun servibles que pudiera haber y dejar presentable el lugar para entregarlo al nuevo dueño.

El sótano estaba atestado de libros viejos, muy viejos y demasiados libros para merecer el cuidado de la difunta tía o el de su marido. Espinoza me había



invitado a la hacienda para que revisara esos libros y viera si podía encontrar algo digno de venderse.

—Tengo mucho trabajo— anunció Espinoza atusándose el bigote. Si algún libro te interesa, puedes conservarlo. Los que no sirvan, arrincónalos junto a la puerta para deshacerme de ellos.

Tomé la llave que su mano rechoncha me ofrecía. Inmediatamente busqué un candelero y me apresuré hacia el sótano.

Cientos de libros y algunos muebles viejos se entreveraban en el más completo desorden. Después de un minucioso escrutinio había separado aquella polvorienta e informe masa de papeles y cartón en dos grupos, el mayor de los cuales recogía aglutinaciones ilegibles de papel tan viejo que se deshacía al tocarlo. Era muy poco lo que el tiempo y las innúmeras emigraciones habían permitido que Espinoza conservara de sus antepasados. De aquella enorme biblioteca que alguna vez perteneció a sus ancestros, sólo unos cuantos ejemplares —magníficos y antiquísimos— habían logrado sobrevivir. El carácter montaraz de Espinoza manifestaba tener cierto arraigo en su linaje: los libros no habían hecho contacto con manos humanas en muchos lustros.

Casi nada quedaba de la obra propia de los ancestros de Espinoza. Tuve que relegar los manuscritos deteriorados hasta la ilegibilidad al montón de los libros inservibles. Me propuse seleccionar dos o tres volúmenes para conservarlos; elegí un ejemplar renacentista de la Comedia con ilustraciones descoloridas, el *Organum* de Aristóteles escrito en griego y en latín, la Eneida empastada en madera, el Satiricón. Ordené los libros restantes para facilitar su transporte y envolví los míos cuidadosamente. Me disponía a abandonar el sótano cuando la luz vacilante del candelabro cayó de lleno sobre unos papeles en los que no había reparado. La mayor parte no pudo escapar al tiempo y al desuso; lo único aun presentable era un manuscrito amarillento que conservaba un lomo de cuero duro. En la portada podía discernirse el blasón de la familia Espinosa; aquellas hojas, obra de algún antepasado de mi anfitrión, procedían del medievo. Tomé ese libro también y subí a buscar a Espinoza para enterarlo del estado de la biblioteca.

Espinoza había salido. Me dirigí hacia una recámara para revisar mis nuevas pertenencias. Hojeando el manuscrito lentamente, con las dificultades que el latín y la escritura gótica conllevan (o habrá empleado esos caracteres para entorpecer la lectura?), encontré apuntes filosóficos y teológicos, y algún intento no muy logrado de poesía mística. Al llegar a la mitad del libro, las anotaciones bruscamente me interrumpían. El último capítulo —por llamarlo de algún modo— empezaba diciendo: "Quisiera no tener que escribir esto..." Intuí que se me presentaba una oportunidad para desistir y devolver el libro al sótano; pero de todas las tentaciones la más irresistible es la curiosidad, por la más humana.

Revisando otro manuscrito muy anterior a su época, encontrado en una oscura biblioteca monástica, el ancestro de Espinoza descubrió referencias a la vida de un desconocido pensador griego, coetáneo de la vejez platónica y de la juventud del Estagirita. A falta de mejor nombre, el antiguo Espinoza acierta en llamarlo Oukontós. Resulta insólito —pero fatalmente comprensible, lo sé ahora— la ausencia total de menciones a Oukontós, poeta y filósofo a la vez, en los anales históricos. Si humana es la curiosidad, doblemente humano fue mi empeño en seguir leyendo: me condené a compartir el descubrimiento del lejano David Espinoza.

Oukontós escribió sólo para la hoguera. No bien terminaba de imprimir el alfabeto griego cuando destruía sus manuscritos, transfigurando su pensamiento en fuego y ceniza. Una presumible refutación anticipada de la doctrina aristotélica o tal vez la denuncia de la inverosimilitud de toda filosofía cundieron noche a noche para morir en las pavesas implacables. La deflagración de la obra arcana no pasó inadvertida: alguien, un tal Eutidemo, probable discípulo de la Academia, sorprendió a Oukontós y transcribió lo sucedido. Oukontós, descubierta, no tuvo más remedio que permitir que el oscuro Eutidemo padeciera su curiosidad. La obra de Oukontós encerraba la destrucción de quien la leyera. En un momento impreciso, Oukontós desapareció como si no hubiera existido, poco después el incierto Eutidemo abandonó Atenas. Con líneas trémulas, David Espinoza añade que no logró encontrar dato alguno que haga referencia a Oukon-



tós o a su delator, salvo el documento cuya versión original fuera escrita por la de la existencia imposible de Error. Lamento haber escrito esto, que no debiera mano de Eutidemo. El texto de Espinoza termina así: "Ahora comprendo: se trata ser leído".

Releyendo sobresaltado, alcancé a barruntar los orígenes de la conducta de Oukontós y Espinoza. En mal lenguaje teológico, podría decirse que Dios cedió al Demonio la ayuda de la curiosidad humana para ejercer el privilegio de difundir el Error; en peor lenguaje filosófico, que hay hombres que escapan a la causalidad. Los filósofos han promulgado palabras tan inútiles como numerosas en su intento de conciliar el Principio de Razón Suficiente con la realidad, pero ésta insiste en contradecirlos. La curiosidad de algunos hombres los lleva a sufrir el Error. El Azar (uno de tantos nombres para el Diablo) genera existencias imposibles; la Razón se encarga de eliminarlas y restablecer el orden.

Una respiración pesada interrumpió mis reflexiones: la presencia siempre palpable de Abelardo Espinoza. Lo informé del estado de la biblioteca sin mencionar el manuscrito. Convencido de que era inútil, inquirí por su antepasado David Espinoza, de quien deseaba saber algo. Inexorablemente lo entrevisto se cumplió: Espinoza respondió en tono categórico que nadie en su cepa había llevado nunca el nombre David.

Esto aconteció hace ya varios meses, en los que arduamente me negué a aceptar mi ingerencia en el asunto. Intento fútil: el Error se extendió hasta envolverme. Oukontós inició la cadena, descubriendo que algunos hombres son grietas que resquebrajan la Suprema Legalidad. Su existencia es producto de un Error que como todo lo divino es inextricable. El Error es impersonal; un reajuste de la Historia que suprime algunos elementos nocivos que de otra forma hubiera obstaculizado su realización. El hombre cuyo infortunio lo conduce al Error —y éste es mi caso—, no puede manejarlo; debe resignarse al papel de transmisor. El noble Oukontós se percató de las consecuencias de su hallazgo y burcó hacerlo humo. Pero *tuvo* que ser descubierto, por éste o cualquier otro Eutidemo. La verdad no deja al hombre más el cumplimiento de una función instrumental respecto de ella; y este Error es Verdad.

David Espinoza lo comprendió y no pudo soslayar la tarea de transmitirlo. Desafortunadamente lo entendió también.

Renuncié a mis estudios y a todo intento de evasión. No he vuelto a ver a ninguna persona. Inútil buscar en la Biblioteca Nacional mi ficha de empleado, o acudir a Abelardo Espinoza para que confirme mi existencia; no menos inútil buscar mi acta de nacimiento, o alguien que me conozca, o la madre que me parió. También será inútil para algún desdichado pretender que no ha leído esto. Soy un mero eslabón en esta cadena de errores; debo comunicar mi hallazgo. Siento la misma lástima por mí que por el siguiente eslabón. Mi nombre se perderá en lo incógnito; mi identidad, y la del próximo que comprenda, y la de aquél que lo suceda, serán suprimidas.